

declaracion intempestiva, y puso en peligro la paz de la Iglesia por una cosa indiferente. Empeñó Tertuliano la justificacion de este soldado apoyándose en la autoridad de la tradicion, y aprovecha esta coyuntura para referir gran número de prácticas que tienen el mismo fundamento. "Principiando por el bautismo, dice, antes de entrar en el agua, protestamos en la misma capilla, y algun tiempo antes en la iglesia y en manos del prelado, que renunciamos al demonio y á sus pompas y á sus ángeles: luego nos sumergen tres veces y respondemos cosas que no están prevenidas en el Evangelio. Despues de sacarnos de la pila nos dan á probar leche y miel, y desde aquel dia nos abstenemos del baño ordinario toda una semana. En cuanto al sacramento de la Eucaristia, que el Señor ordenó á todos, y al tiempo de la comida, nosotros le recibimos aun en las asambleas que se tienen antes del dia y solamente de manos del que preside en ellas. Nos apesadumbramos mucho cuando cae al suelo cualquiera porcion de nuestro pan ó de lo que el cáliz contiene. Todos los años hacemos oraciones por los difuntos y en las fiestas de los mártires. No tenemos por licito ayunar ni hacer oracion de rodillas en los domingos, y observamos lo mismo desde la Pascua hasta Pentecostes. Siempre hacemos la señal de la cruz en el acto de empezar alguna obra ó movimiento, cuando entramos ó salimos, cuando nos vestimos ó nos calzamos, cuando vamos á bañarnos, ó nos ponemos á comer, ó vamos á la cama, al sentarnos ó al encender una luz. Pues si vais á buscar en las Sagradas Escrituras algun precepto para estas prácticas, no le hallareis, os dirán que se han introducido por tradicion, que las ha conservado la costumbre, y la fé las observa."

El último libro que Tertuliano al parecer escribió, es el *Velo de las vírgenes*. Como San Pablo habia recomendado que las mugeres para rezar tuviesen la cabeza cubierta, se habia observado invariablemente esta regla respecto á las casadas, é introduciéndose el uso entre las doncellas en muchas Iglesias del Occidente y en algunas otras del Oriente, sobre todo en la Grecia. En Africa quedó este punto en libertad, y se cubrían ó no las doncellas á su gusto. Principiando á extenderse la heregia de Montano que mandaba esta práctica, antes indiferente, las doncellas que no se acomodaban á ella, obligaron á las demas á que dejasen de cubrirse para evitar escándalo; y así la contraria costumbre se hizo en el Africa universal. Tertuliano, que ya llevaba mucho tiempo de montanista, compuso este tratado para hacer revivir la práctica de que las jóvenes núbiles no se presentasen sin velo en parte alguna y menos en iglesia, debiendo este descender hasta la cintura. Habla allí de vírgenes que el obispo colocaba en la categoria de viudas y recibian pension de la Iglesia, sin duda á título de diaconisas, y que hacian voto de perpetua virginidad. Esto es lo mas notable que se halla en las enunciadadas obras de Tertuliano.

Murió el emperador Severo en la Gran Bretaña á 4 de Febrero del año 211. Hacia dos años que estaba peleando con aquellos habitantes que se habian rebelado, y habiéndolos reducido á pedir la paz, cuando se adelantaba á caballo entre los dos ejércitos para firmarla, su hijo Caracalla, que le acompañaba, se detuvo un poco y sacó la espada para matarle por detrás; mas se detuvo al oír un clamor que se levantó de repente, y envainó su espada. Severo, que habia reparado este suceso, se contentó con reprenderle; pero le causó tanta sensacion, que enfermó de resultas y murió á poco tiempo devorado de tristeza á la edad de 65 años. Viendo que se acercaba el término de su vida, exclamó lleno de amargura: "Yo he sido lo que un hombre puede ser en su vida; pero ahora, ¿de qué me sirven esos honores que han pasado ya?" Mandó traer la urna destinada á recoger sus cenizas, y tomándola en sus manos continuó: "Únita, tú vas á encerrar al hombre para quien todo el orbe era poco." Sus dos hijos Caracalla y Geta le sucedieron como que habian sido asociados al imperio en tiempo de su padre; pero no podían sufrirse el uno al otro, y al volver á Roma trataron varias veces de matarse. Por último, habiendo inducido Caracalla á la madre de ambos, Julia, á que los llamase á su habitación para procurar conciliarlos, logró que diesen de estocadas á su hermano que estaba descuidado; este espiró en los brazos de su madre que fué tambien herida. Mandó aquel monstruo asesinar en seguida á una infinidad de personas, solo culpadas por haber manifestado inclinacion á Geta, y no dejó de señalarse con la nota de cruel por sus actos posteriores y repetidos. Porque los habitantes de Alejandria se burlaron de él, hallándolos reunidos en sus fiestas públicas los mandó cercar por sus soldados y que los pasaran á cuchillo. El mismo trato dió al pueblo romano, porque se moñaron de un coche-ro á quien él estimaba. No falta sin embargo, quien le alaba de algunas buenas acciones. Amplió á todos los súbditos del imperio los derechos de ciudadanos romanos, y dejó á los cristianos la libertad de seguir su religion, de manera que muy pronto cesó la persecucion que habia durado doce años. Al principio se habia llamado Basiano, y su padre le nombró Antonio cuando le asoció al imperio; pero es mas conocido con el de Caracalla, que le dieron por haber traído de las Galias una especie de casaca que regaló con profusion al pueblo.

San Serapion, obispo de Antioquia, célebre por algunos escritos de que hemos hablado, murió cuando empezaba á reinar este emperador, y obtuvo la mitra San Asclepiades, que generosamente confesó la fé durante la persecucion. San Alejandro, obispo de Capadocia, permaneció aún preso, y escribió con motivo de aquella eleccion una carta de felicitacion á la Iglesia de Antioquia; y la envió por medio de Clemente Alejandrino, cuyo celo y consumada virtud ensalzaba. Habia sido discípulo de este ilustre doctor, lo

mismo que de San Pautenes, y cimentado una estrecha amistad con Orígenes.

Habiendo salido de Alejandría, fué escogido para obispo de una Iglesia, que se cree sería Flaviada en Capadocia. Allí le fué á encontrar Clemente en el tiempo de la persecucion, para hallarse mannos expuesto en un pais donde su nombre sería desconocido. No pasó mucho sin que el mismo Alejandro fuese encarcelado, y permaneciese así muchos años por confesar su fé. En cuanto se halló libre, en el año de 212, tuvo una aparicion, en la que Dios le mandó fuese á Jerusalem á visitar los Santos Lugares. Acercándose á esta ciudad, su obispo San Narciso tuvo con otras personas revelacion una noche, y oyeron claramente una voz que les mandó saliesen á recibir fuera de puertas, y tomar por obispo al primero que Dios les deparase. Obedecieron, y se hallaron con San Alejandro; y aunque era ya obispo de otra diócesis, le retuvieron con el unánime parecer de los demas prelados de la provincia para gobernar á Jerusalem en union con Narciso, á quien su extremada vejez impedia llenar este cargo. Y este es el primer ejemplar de un obispo trasladado de una silla á otra, y dado por coadjutor á un titular; aunque no sería error asegurar que no habia conservado San Narciso mas que el honor y no la autoridad de la mitra, mediante á esta explicacion de San Alejandro en una carta dirigida á los antiochitas: "Salúdosos de parte de Narciso, que gobierna esta Iglesia antes que yo, y que teniendo ya ciento y diez y seis años, se une á mí con solo sus oraciones." En cuanto fué nombrado obispo, se dedicó San Alejandro á formar en aquella ciudad una numerosa biblioteca, en que reunió con cuidado las obras de los mayores ingenios que habian escrito para defensa de la fé. En tiempo de Eusebio, subsistia aún, porque manifesta haber sacado de ella preciosos materiales para componer su historia. Este santo obispo fué uno de los que tomaron á su cargo la defensa de Orígenes, y murió preso en Cesarea durante la persecucion de Decio.

San Narciso, que le precedió en la silla de Jerusalem, se habia hecho célebre por sus virtudes y milagros. Habia gobernado esta Iglesia desde el tiempo de Cómodo, y se halló en el concilio de Palestina, celebrado para la cuestion de la Pascua. Entre el gran número de prodigios que obró, y cuya memoria subsistia todavía en tiempo de Eusebio, cuenta este historiador que en la noche precedente á la Pascua, ó sea su vigilia, faltaba aceite para las lámparas de la iglesia; y como esta novedad conmoviese los ánimos de muchos del pueblo, mandó San Narciso sacar agua de un pozo inmediato, y con sus oraciones se convirtió en aceite. Los restos que quedaron se conservaron por los fieles en muchas casas por mas de cien años, como en memoria de este milagro. A pesar de sus virtudes eminentes, no le perdonó la calumnia: algunos malos cristianos, cuyos desórdenes reprendia, se confabularon para acusarle de

un crimen atroz, y no faltaron tres que afirmaron la impostura con juramentos é imprecaciones. Uno dijo: "permítame Dios que el fuego me consuma, si lo que digo no es cierto." Otro decía: "que me llene de úlceras;" y el tercero, "que pierda yo la vista de repente." Tan conocida era la virtud de Narciso, que nadie lo creyó ni hizo caso de sus juramentos. Indignado, sin embargo, el santo obispo, y deseoso de retirarse á la soledad y al silencio, se aprovechó de esta ocasion para separarse de la vista del pueblo, y pasó muchos años en sitios ocultos sin que nadie supiese lo que habia sido de él. La Divina Providencia no tardó en castigar á los calumniadores. Una noche se incendió la casa del primer testigo falso, quien se quemó con toda su familia: el segundo se cubrió de úlceras, de piés á cabeza, de manera que las carnes se le caian á pedazos; y el tercero, aterrado con el castigo de los otros dos, confesó públicamente la conjuracion que habian formado, y tanto lloró su crimen que se quedó ciego. Estos ejemplares castigos aumentaron el pesar que causaba á sus ovejas la ausencia de Narciso; pero como no sabian el sitio donde se habia retirado, creyeron los obispos inmediatos sería conveniente nombrar otro obispo de Jerusalem, y fué elegido Dio, y otros dos despues de él. No volvió á presentarse Narciso hasta que ya era muy viejo, y cuando no era capaz de ejercer sus funciones. Sin embargo, todos los fieles le rogaban tomase la direccion de su grey; y entouces fué cuando Dios le envió á San Alejandro para que le auxiliara en el desempeño de su cargo. Ya dejamos dicho que vivió ciento y diez y seis años; pero se ignora la época de su fallecimiento.

En el reinado de Caracalla fué cuando Minucio Félix escribió el excelente dialogo en defensa de la religion cristiana contra las calumnias de los paganos. Introduce en él dos amigos suyos, Octavio, que ya era cristiano, y Cecilio Natal, idólatra: Minucio era abogado y Octavio tambien, y cuando dejaron sus antiguos errores, ya eran de bastante edad, y habian participado de todas las preocupaciones vulgares contra los cristianos. El primero que se convirtió fué Octavio; pero no tardó Minucio en seguir su ejemplo. Habian fijado su residencia en Roma, aunque segun todas las apariencias eran oriundos de Africa; sin embargo, ya hacia tiempo que Octavio habia dejado aquella ciudad, cuando le ocurrió un asunto que le obligó á hacer un viaje á ella. Era el tiempo de la vendimia, y como Minucio se hallaba libre, aprovechó las vacaciones para pasar unos dias en Ostia, llevando en su compañía á Octavio y Cecilio. Estándose paseando una mañana en la costa, halló este un ídolo de Serapis, y en señal de adoracion se llevó la mano á la boca y la besó; reparando esto Octavio, dijo á Minucio: "En verdad, amigo mio, es indigno de vos el sufrir que un amigo con quien estáis tan íntimamente unido, permanezca en esta ceguedad." Continuaron su paseo hablando de cosas indiferentes; pero Cecilio pa-

recia triste y pensativo; preguntándole Minucio la causa, confesó que le habian incomodado las palabras de Octavio, y añadió que pues le habia tachado de ignorante, deseaba entrar en conferencia con él y defender el culto de sus dioses. Sentáronse, pues, en un ribazo, poniendo en medio á Minucio, á quien tomaron por juez en esta discusion.

Habló Cecilio el primero, y por sus palabras se infieren las ciegas preocupaciones que tenian los paganos contra el cristianismo. Ponderó desde luego la incertidumbre de los conocimientos del hombre, vituperando por ello la temeridad de algunos cristianos que se atrevian á decidir cuestiones muy oscuras y despreciar la tradicion de todos los siglos, para adherirse á incomprendibles novedades. "No puede verse, dice, sin indignacion y dolor, que gentes ignorantes, sin la menor tintura de ciencia, literatura ó artes aun las mas vulgares, se atrevan á decidir sobre la soberana naturaleza y otros puntos que sirven de objetos de perpetuas controversias á muchas sectas de filósofos, y con gran razon, supuesto que muy distantes de comprender las cosas divinas, ni nos podemos conocer á nosotros mismos. En la oscuridad en que vivimos, es preferible seguir las antiguas tradiciones, y sin querer juzgar á los dioses, referirse al testimonio de los antiguos que estaban mas cerca del origen del mundo. Deplorable es, por cierto, ver á una faccion desesperada declararse contra los dioses, y los sujetos mas infimos del populacho formar una conjuracion profana y reunirse en nocturnas asambleas é inhumanos convites para combatir lo que todos los hombres respetan. En sus tenebrosas reuniones insultan á la religion, se moñan de los dioses, de los templos, de los sacrificios; desprecian los honores del sacerdocio y la púrpura de los Pontífices, estando ellos medio desnudos. Llega su locura hasta tener en poco los presentes padecimientos, porque temen otros inciertos y futuros, y no se acuitan por la proximidad de la muerte, con la esperanza de que entonces tendrán mejor vida. Extendidos por todo el mundo, se dan mutuamente á conocer por ciertas secretas señales. Se aman sin haberse visto, y se llaman hermanos y hermanas, cubriendo con estos bellos nombres, crímenes é infamias que cometen por via de culto y religion. No se contarian de ellos tantos actos vergonzosos, si estas acusaciones no resultarán apoyadas en la verdad. Dicen que adoran la cabeza de un *asno*, el madeiro infame de la Cruz y á un hombre ajusticiado." Refiere despues Cecilio las calumnias comunes sobre los incestos y el comer carne humana, é intenta justificarlas observando el cuidado que tenian los cristianos de ocultar sus misterios. "Las cosas licitas, dice, no temen la publicidad: las criminales solamente apeteçen el secreto. ¿Por qué no tienen á la vista de todos sus templos, sus altares, ni idolo alguno conocido? ¿Por qué no se atreven á hablar claramente ni á juntarse en público, si es cierto que el culto que presentan secre-

tamente nada tiene de punible ni vergonzoso? ¿Qué clase de Dios es ese, único, solitario y abandonado, desconocido de todas las naciones, excepto de los judíos, miserable pueblo, que á lo menos tenia templos, altares y víctimas? Tan poco poderoso es este Dios, que él y su pueblo son prisioneros de los romanos. ¿Qué pensaremos de sus ridiculas ocupaciones y de los continuos cuidados que le atribuyen los cristianos, suponiendo que se mezcla en todo cuanto se hace en el mundo; que se informa de las acciones, palabras y pensamientos mas secretos: que se pasea y se halla en todas partes; que todo lo quiere conocer y arreglar, como si fuese suficiente para ocuparse en esta infinidad de menudencias? A estas añaden otra porcion de extravagancias y cuentos de viejas, como por ejemplo, que el mundo entero debe perecer abrasado, y que ellos mismos renacerán despues de haberse convertido en polvo. De esto procede sin duda el horror que tienen á las hogueras en que nosotros quemamos los cuerpos. Esperan una vida feliz, y amenazan á los demas con las penas eternas. Sin embargo, atribuyen á su Dios todo lo que nosotros hacemos, y sostienen que no todos los que queremos, podemos abrazar su secta, sino los que son escogidos, haciendo así injusto á Dios, porque castiga á los hombres por una falta que no pende de su voluntad. Deberíais desengañaros con la experiencia de lo presente, de cuán infundadas son vuestras esperanzas: la mayor parte sois pobres, padecéis el hambre, el frio y el trabajo, y lo sufre vuestro Dios: por tanto, ó no puede ó no quiere socorros: luego es impotente ó injusto. Sin hacer mencion de las miserias comunes, cada dia estais expuestos á la tortura, á las hogueras y al patíbulo. ¿Qué Dios es ese que puede protegeros despues de la resurreccion, y no puede mientras estais vivos? ¿No veis á los romanos sin el apoyo de vuestro Dios mandar en el universo y teneros sujetos á su imperio, en tanto que vosotros, llenos de inquietud, no podeis gozar del menor descanso? Contais con una nueva vida que nunca llegará, y esperándola, no gozais de la actual. Si os ha quedado un poco de juicio ó de modestia, dejade de escudriñar los secretos del cielo y el destino del mundo: bastante habeis con mirar al suelo, siendo unos ignorantes que no sabeis acertar en la decision de las cosas que os pertenecen: ó si os dedicais á la filosofia, imitad á Sócrates, que enseñaba que á nosotros nada nos importa lo que pasa allá arriba, y que la soberana ciencia consiste en reconocer su ignorancia."

En cuanto habló así Cecilio, tomando la palabra Octavio, y recorriendo sucesivamente todas las objeciones de aquel, respondió á cada uno en particular, discutió los principios falsos, destruyó las calumnias y vindicó la religion cristiana completamente, volviendo con justicia contra los paganos mismos las odiosas y absurdas acusaciones que sin razon dirigian á aquella. Manifestó que la pobreza é ignorancia que echaban en cara á los cristianos, muy lejos de

dañar á la verdad, servian para realizar su poder y brillo: que todos los hombres son capaces de raciocinar, y por eso todos están obligados á practicar las diligencias necesarias para conocer al Autor y Señor de su existencia: que para convencerse de que hay un Dios, que ha criado el mundo y le gobierna, no se necesitan largos razonamientos, basta escuchar la voz de la naturaleza, y considerar con un poco de atencion el órden inmutable y perfecto que reina en el conjunto y en todas las partes del universo: que la simple luz de la razon y la necesidad de un poder único para mantener el órden en todas las cosas, bastaban igualmente para probar la unidad de Dios. "No sabeis, dice, que el Autor de la naturaleza es iluminado, que no tuvo principio ni tendrá fin, que posee por sí mismo la eternidad, así como da origen á todas las cosas: que antes de la creacion del mundo él mismo era su ocupacion y su gloria: que todo lo ha hecho por el ministerio de su palabra y su sabiduría: que es invisible, infinito, inmenso é incomprendible? No preguntéis cómo es su nombre: su nombre es Dios. Para distinguir á los individuos entre la multitud, son necesarios nombres; pero el nombre de Dios basta para aquel que es solo Dios. No es otra cosa que espíritu y razon: si le llamo Padre, comprendéis al instante que este título es arreglado á nuestro modo comun de hablar: lo mismo es cuando le llamamos Rey ó Señor. De manera que estos dictados se han de conceptuar despejados de toda calificación terrena para saber lo que es Dios. En este punto es unánime la conformidad de todos los pueblos. Cuando levantamos las manos al cielo, á nadie se nombra mas que á Dios: decimos que es grande, que es verdadero: otras veces, si Dios quiere, pues así hablan todos los hombres, y menos son estas exclamaciones peculiares á la confesion de un cristiano que la voz de la naturaleza." Prueba ademas Octavio la unidad de Dios por el consentimiento de los filósofos: luego refuta las fábulas y absurdos de la idolatría, y combate con las mismas armas que los demas apologistas las calumniosas imputaciones que el odio ha podido inspirar á los enemigos del cristianismo. "Los demonios, dice, son los autores de la impostura que se nos achaca, diciendo que adoramos la cabeza de un asno; pero es preciso que los calumniadores se consideren capaces de idéntica extravagancia para creerla posible: precisamente vosotros consagrais el asno y le adorais en la diosa Isis. En cuanto á los ídolos, mas sospechosos sois que los cristianos, supuesto que no os avergonzais de dar culto á los falsos dioses, que los han cometido en mayor escala." Contra la observacion de no tener templos ni altares, se contenta con decir que el hombre es la verdadera imagen de Dios, el mundo su templo: el verdadero sacrificio consiste en la pureza de las costumbres, y que la infinita Magestad no puede caber dentro de una casa, ni ser representada con imágenes. Por lo demas, era constante que los cristianos tenian señalados sitios para reunirse á celebrar sus ceremonias; pe-

ro que en nada se parecian á los templos de los paganos, y sobre todo, no se veia cosa que imitase á los altares comunes, en que sacrificaban los animales. No habia, en efecto, ídolo alguno que representase á la Divinidad; y aunque los cristianos tenian otras imágenes, como lo notamos anteriormente, copiando á Tertuliano, los paganos no comprendian un culto que no presentase estos símbolos exteriores que formaban la base de su religion. Se limita Octavio á combatir las ideas groseras del contrario, sin entrar en explicaciones de nuestros misterios, porque las creia inútiles para el fin que se habia propuesto. Demuestra luego que muchos filósofos creyeron, así como los cristianos, que el mundo presente ha de perecer con fuego general: que Pitágoras y Platon admitieron en parte el dogma de la resurreccion; y que nada difícil es para Dios el resucitar al hombre, á vista que él mismo le crió de la nada. En cuanto al castigo de los malos despues de esta vida, alega tambien el testimonio de los filósofos y poetas que no dudaron de ello; y añade, que como Dios se ha dado á conocer á todos los hombres, castigará á los paganos justamente por no haberse servido, cerrando voluntariamente los ojos á la luz, y por haberse hecho culpables de muchos delitos, abusando de su libertad, á pesar de la voz de su conciencia. La objecion de Cecilio se referia seguramente á la creencia de los cristianos de que es necesaria la gracia para llegar á la fé; y la respuesta de Octavio claramente supone tambien que nunca falta la gracia al hombre, y que no destruye esta gracia el libre albedrío. Despues de otras explicaciones sobre la pobreza que los cristianos sufren sin afliccion, porque saben limitar sus deseos, y acerca de las persecuciones que Dios permite que les alcanzen para su purificacion, y en las que son sostenidos por su gracia, concluye así Octavio: "Nosotros vivimos sin temor, y juzgamos de la felicidad que nos espera, por la seguridad que Dios mismo nos ha dado conversando entre nosotros. Así es que resuscitaremos bienaventurados, y en esta vida lo somos ya con la esperanza que tenemos de la vida venidera. No nos dedicamos á pasar por sabios, sino á serlo: preferimos á la elocuencia de los disensos la de las buenas obras. En una palabra, nos gloriamos de haber hallado lo que los filósofos están siempre buscando, y no encuentran jamas. Esta es la sustancia de las explicaciones y respuestas dadas y contenidas en este diálogo con una elegancia, una solidez y erudicion á cual mas notables. No aguardó Cecilio la decision de Minucio para confesarse vencido. Inmediatamente abrazó la religion cristiana, y crece que este fué quien procuró la conversion de San Cipriano.

Hacia este tiempo, Cayo, presbítero de la Iglesia romana, tuvo una conferencia pública con Proclo, uno de los gefes de los montanistas, sobre las revelaciones y profecias que estos heresicos atribuian á su llamado Paracéto. Se cree que Proclo es el mismo que Próculo, citado por Tertuliano, que le atribuia haber escrito contra los va-

lentinianos. Cayo justificó la falsedad de las tales revelaciones que con nada probaban, y combatió victoriosamente la temeridad de una vista ignorante y crédula, que sin exámen adoptaba todas las visiones de ciertos fanáticos, bastante orgullosos para creerse superiores á los apóstoles. Esta conferencia la puso por escrito; pero no ha alcanzado á nuestros tiempos. De ella sacó Eusebio un pasaje en que se hace mención de los sepulcros erigidos en honor de los apóstoles San Pedro y San Pablo, que habian fundado la Iglesia romana. También Cayo escribió un tratado contra Cerinto, en que combatia los errores de los milenarios: obra que igualmente se ha perdido. Focio cuenta que este doctor fué ordenado de obispo de las naciones para predicar la fé en países donde era totalmente desconocida, y sin estar sujeto á diócesis alguna en particular.

El Papa San Ceferino, que habia sucedido á San Victor, murió en el año de 219, habiendo ocupado la Santa Sede cerca de diez y ocho años. Combatió con celo todas las heregias de aquel tiempo, particularmente las de Montano, de Praxeas y de los teodocianos. Preciso es que se hubiera opuesto enérgicamente á los errores de estos últimos; pues que le achacaban, aunque injustamente, haber sido el primero que impugnó sus errores. En su reinado ocurrió la conversion de un tal Natal, á quien sedujeron algunos hereges despues que fué perseguido por la fé. Para dar mas realce á su secta, persuadieron á este confesar á que se hiciera obispo mediante la suma de ciento cincuenta dineros de plata que le debian pagar mensualmente. Teniendo Dios piedad de este mártir, le envió muchas visiones para avisarle que dejase aquella secta; pero le detenian en ella la vanidad y el interés; por último, fué rigorosamente castigado por un ángel toda una noche; y al siguiente día, vistiéndose un cilicio, se presentó al Papa, y echado á sus piés imploró el perdón á vista de los fieles. Sin embargo, y á pesar de sus ardorosas súplicas, no obtuvo su reconciliacion sin el mayor trabajo, despues de enseñar los cardenales de los azotes que habia recibido, y de dar pruebas del mas vivo arrepentimiento.

San Calixto, que sucedió á San Ceferino, es célebre, especialmente porque mandó hacer ó ensanchar cerca de la via Apia el cementerio que lleva su nombre, es decir, uno de aquellos subterráneos ó catacumbas, en que se enterraba á los muertos, y donde los fieles se ocultaban con frecuencia durante las persecuciones siguientes. Es el mayor de los que están á la inmediacion de Roma, y donde se dice que hay enterrados cuarenta y seis Papas, además de un número prodigioso de mártires. Algunos autores atribuyen á este Papa la institucion del ayuno de las temporadas, que sin embargo no es de época tan antigua. Murió San Calixto el año 223, despues de haber ocupado la Santa Sede poco menos de cinco años. Creese que fué martirizado en un tumulto popular, y que le echaron en un pozo. Sucedióle San Urbano, cuyo pontificado duró hasta el año 230.

El emperador Caracalla estaba ocupado en Oriente en la guerra con los partos, cuando fué asesinado en 8 de Abril del año 217. Sabiendo Macrino, prefecto del pretorio, que trataban de hacerle sospechoso, y juzgando que todo se debía temer de un príncipe que varias veces le habia amenazado, resolvió ganarle por la mano, y decidió á un centurion descontento, á que le diese de puñaladas al tiempo de apearse para una natural necesidad. A los dos dias de interregno fué aquel mismo proclamado emperador, y mandó catorce meses. Indispusieronle con los soldados su altanería, su excesivo lujo, y sobre todo su crueldad: así, sobornados aquellos con las intrigas y regalos de la ambiciosa Mesa, hermana de la emperatriz Julia y tia de Caracalla, á todo estaban dispuestos. Habíase retirado Mesa á la Fenicia y habitaba en la ciudad de Emeso, en que nació, y se dedicó á educar á uno de sus nietos llamado Basiano, hasta elevarle al sacerdocio en un célebre templo dedicado al sol con el nombre siríaco de Elegábal. Contaba este príncipe solos catorce años de edad, tenia estatura superior á ella, y era estremadamente hermoso, pero pareciéndolo mas por el traje suntuoso que gastaba, lleno de adornos de oro y pederria; de manera que cuando ejercia su ministerio acendian de todas partes para verle y admirarle. Su abuela Mesa habia extendido la voz de que era hijo de Caracalla, y fácilmente concilió en su favor la voluntad de los soldados, mediante los regalos que cuidaba de distribuir á tiempo. Hallándose aquellos acampados cerca de la ciudad, residencia de Mesa, y de su nieto, se arrojaron á proclamarle emperador. Dióles Macrino una batalla con la tropa que permaneció fiel en su servicio; mas fué vencido y muerto á poco, así como su hijo Diadumeno, á quien habia asociado al imperio.

Reconocido Basiano por emperador é hijo de Caracalla, tomó los nombres de Aurelio Antonino; pero mas conocido es con el de Elegábal ó Heliogábal. Trasládose á Roma al año siguiente, y no tardó mucho en hacerse totalmente odioso y despreciable por su lujo, su ociosidad, sus extravagantes profusiones y su infame desenfreno. Dió asiento en el senado á su abuela Mesa, encargándole que tomase parte en todas las resoluciones: atestó el palacio de músicos, cómicos, eunucos y mugeres perdidas. Prendado de una vestal, no dudó un instante en casarse con ella, y luego la repudió, y á poco volvió á tomarla. Tuvo atrevimiento para declarar en público que él era muger, y se casó en este concepto con uno de sus oficiales, y posteriormente con un esclavo: de modo que su reinado no fué otra cosa que un cúmulo de caprichos insensatos y de abominables disoluciones, que no pueden transcribirse con ninguna clase de precaucion sin ofensa del pudor. Mandó trasladar á Roma á su dios de Emeso, que era un gran canto negro que decian habia caído del cielo, y fabricó para él un templo en el monte Palatino, donde dispuso que se colocasen el ídolo de Cibele, el fuego

de Vesta, los escudos de Marte, el Paladion y todo cuanto los romanos tenían por mas sagrado. Para dar á su dios una esposa que le mereciese, hizo traer de Cartago á la diosa llamada Celeste, y que sus bodas se celebrasen con pompa en toda la Italia. Presagiendo con razon Mesa las infalibles consecuencias de una conducta tan extravagante, trató de prepararle un sucesor entre sus parientes, y le hizo adoptar á su primo-hermano Alexieno, jóven de grandes esperanzas, á quien Heliogábalo concedió al momento el título de César y el nombre de Alejandro. Pero muy luego se arrepintió de la tal adopcion, y celoso del afecto que el pueblo y los soldados manifestaban al nuevo César, probó varias veces deshacerse de él, y lo único que consiguió fué agriar mas los ánimos. Ultimamente los soldados pretorianos se sublevaron contra Heliogábalo, que procuró escaparse y se ocultó en un albañal. Allí le descubrieron y asesinaron á él y á su madre en 6 de Marzo de 222, despues de reinar tres años y nueve meses. Arrastraron ignominiosamente su cadáver por las calles de Roma, y le arrojaron al Tiber.

Alejandro fué inmediatamente proclamado con el unánime consentimiento del pueblo, del senado y del ejército. Apenas tenia catorce años; pero debía á la naturaleza las mas bellas disposiciones, y su madre Mamea las supo fomentar y acrecer con una esmerada educación. Cuidó inspirarle antes que todo, unas ideas favorables á los cristianos, á los cuales ella protegía abiertamente: su hijo tuvo con ellos mucha bondad mientras reinó, y algunos de los oficiales de palacio profesaban esta religion. Continúamente repetía esta máxima evangélica: no hagás á otro lo que no quieras que hagan contigo. De tal manera la apreciaba, que la mandó grabar en su palacio y en los sitios mas públicos. En su oratorio particular hizo que colocasen las estátuas de los buenos emperadores y de otros personages célebres por sus virtudes, entre otros las de Orfeo y de Apolonio de Tiana, mezclando con estas á Abraham y Jesucristo, y á todos juntos adoraba indistintamente todas las mañanas. Tambien quiso erigir templos á Jesucristo como lo intentó Adriano y que se le recibiese en el número de los dioses del imperio; pero se lo quitaron de la cabeza los Pontífices paganos, temiendo que todo el mundo se volviere cristiano, y que sus templos fuesen abandonados. Antes de nombrar los gobernadores ó magistrados, publicaba sus nombres, para que pudiesen acusarlos de los vicios que se supiesen, juzgando que era vergonzoso descuidar estas precauciones que los cristianos tomaban respecto de aquellos que iban á elevar al sacerdocio. Ultimamente, solicitando en cierta ocasion los taberneros una casa que ocupaban los cristianos en un lugar concurrido, no quiso despojarlos de ella, diciendo que mas valia emplearla en dar culto á cualquiera divinidad, que no hacer el uso que los otros solicitaban.

Adviértese por este pasage, que los cristianos tenían libertad de

reunirse públicamente para profesar su religion, y se cree con bastante probabilidad, que en el reinado de Alejandro empezaron á levantar iglesias, que los idólatras conocian. Hasta entones se habian siempre juntado en casas particulares, consagradas sin duda por los obispos, y que regularmente por fuera en nada se distinguian de las habitaciones comunes, para que no se sospechara su uso, porque ya hemos visto que los paganos los acusaban de que no tenían templos ni altares. Mas estos lugares que se empleaban en las ceremonias religiosas, no servian para ningun servicio profano, y fueron los primeros que empezaron á ensancharse y adornarse para hacer de ellos iglesias. San Juan Crisóstomo nos dice que una iglesia de Antioquia que se llamaba la antigua, habia sido fundada por las manos de los mismos apóstoles, y que aunque muchas veces se habia derribado, siempre se habia reedificado. Asegura Orígenes que se quemaron las iglesias durante la persecucion de Maximino, sucesor de Alejandro; pero los cristianos las restablecieron ó construyeron mejores en el tiempo de la paz de la Iglesia. Desde este momento se hace con frecuencia mencion de las iglesias cristianas, y existía un gran número de ellas en tiempo de Diocleciano que las mandó destruir. Ya á los principios del segundo siglo tenían los cristianos cementerios, permitidos por los mismos paganos, pues que Tertuliano en su Apologético manifiesta que estos sacaban de los sepulcros los cadáveres de aquellos para despedazarlos. En estos cementerios se juntaban tambien los cristianos para celebrar las fiestas de los mártires, y en ellos principalmente se fundaron las iglesias desde la conversion de Constantino: la costumbre observada despues de no consagrar altar ninguno sin poner en él reliquias de mártires, procede de esto, y luego se convirtió en ley en el sétimo concilio general.

Aunque estaba el emperador Alejandro tan bien dispuesto en favor de los cristianos, no dejó de haber mártires en su reinado, entre otros San Calixto Papa y San Urbano que le sucedió en el solio pontificio. Los alborotos populares y sobre todo el encono de los magistrados, no dejaban de proporcionar pretextos que eran mas que suficientes para atraerles persecuciones repetidas aun en los reinados de los mejores príncipes. Por otra parte, Alejandro, tan jóven y sin experiencia, era de un carácter débil, tímido, inclinado á toda clase de supersticiones y siempre sometido á la influencia de los que le rodeaban. Como desconfiaba de sus propias luces, y era celoso defensor de la justicia; admitió en su consejo á muchos jurisconsultos célebres, como Sabino, Paulo, Ulpiano y otros, cuyas decisiones se han conservado en el Digesto. Declaráronse enemigos encarnizados de los cristianos estos leguleyos, mas adictos á las leyes escritas y antiguas costumbres, que á los principios de la humanidad y de la justicia; y se obstinaban en condenarlos siempre sin exámen, como sectacces de una nueva religion, no autorizada por

el gobierno. Ulpiano habia escrito un tratado de los deberes del procónsul, en el que recogió todos los decretos de los príncipes, y señalaba minuciosamente las penas señaladas contra los cristianos. Siendo prefecto del pretorio, reunió á este cargo el de prefecto de Roma y la secretaría de estado: esta acumulacion de cargos le daba la mas grande autoridad y medios para satisfacer su odio y sus ciegas preocupaciones.

En el reinado de Alejandro sucedió en Oriente aquella célebre revolucion que concluyó con la monarquía de los partos y restableció la de los persas. Fundóse la primera doscientos y cincuenta años antes de Jesucristo, por la rebelion de Arsaces contra los reyes de Siria. El último rey de los arsacidas, Artabano, despues de vencidas muchas veces las huestes romanas, perdió el trono y la vida por la sublevacion de un súbdito suyo, Artagerges, persa de nacion. Era éste hijo de un soldado llamado Sassan, por lo que tomaron el nombre de sassanidas los príncipes de su dinastía. Ignóranse el origen y progresos de su rebelion; pero es probable que era por causas religiosas, porque uno de sus primeros cuidados fué restablecer la autoridad y los privilegios de los magos que habian sufrido decadencia, y en adelante nada hizo sin consultarlos. Esta influencia de los magos, enemigos declarados de la religion cristiana, fué el principal motivo de las largas y saugrientas persecuciones que vamos á ver levantarse en adelante contra ellos en este imperio. Artagerges, luego que sublevó á los persas, y hubo vencido á Artabano en tres batallas, tomó la diadema en el año 226, y engreido con sus triunfos trató de expulsar á los romanos, y los amenazó que los arrojaría de sus posesiones en Asia. Alejandro creyó que debía trasladarse al Oriente hácia los años de 229 para oponerse á sus empresas, y logró arrojarle de las provincias que habia invadido.

Permaneció este emperador algun tiempo en Antioquía, y entonces, segun la general opinion, es cuando su madre Mamea que le acompañaba, deseosa de ver y oír á Orígenes, cuya reputacion habia cundido por todas partes, le envió á llamar mandando que le escoltasen en su viaje para su mayor seguridad. Recibióle con la mayor cortesia y decoro, y le conservó en su compañía para que le enseñase las máximas del Evangelio y la instruyera en todo lo que sirviese para acreditar el poder de Jesucristo y la verdad de su doctrina. Añádese tambien, y no sin muestras de verosimilitud, que las conferencias que tuvo esta señora con este ilustre doctor, la determinaron á abrazar la religion cristiana.

Nació Orígenes, llamado Adamancio por sobrenombre, en Egipto, en la ciudad de Alejandria, el año 184. Educóle desde su infancia en la mas acendrada piedad, su padre San Leonidas, que nada omitió para que aprovechase las felices disposiciones y extraordinario talento que habia recibido este niño de la naturaleza. Ade-

mas de las artes liberales y de las bellas letras que le enseñó con esmero San Leonidas supo inspirarle con toda preferencia, la afición á las Sagradas Escrituras, haciendo que recitase diariamente varios pasages, antes de entrar en las tareas de las ciencias profanas. Atento á enmendar sus menores defectos, reprimía á veces su curiosidad, por mas sagrado que fuese el objeto de ella; mas no dejaba de admirarse de la penetracion del hijo, y no se cansaba de bendecir á Dios por haber colmado á este niño con toda la abundancia de su gracia. Mientras dormía, le descubria algunas veces el pecho y le besaba en él con respeto, considerándole como el templo del Espíritu Santo. Cuando principió la persecucion en Alejandria, manifestó Orígenes tantos deseos del martirio, que se hubiere presentado él mismo si su madre no le hubiera contenido con sus ruegos y llantos. Luego que supo la prision de su padre, duplicó su ardor y priesa por conseguirlo: para evitar esta desgracia, la ocultó su madre los vestidos. Viéndose detenido, á su pesar, escribió á su padre una fortísima carta para animarle al martirio, exhortándole á no vacilar en su resolucion por consideracion á sus hijos: entonces tenia diez y siete años y seis hermanos mas pequeños que él. Martirizaron á su padre cortándole la cabeza: sus bienes fueron confiscados, y hallándose su familia reducida á la indigencia, una señora muy rica se encargó de Orígenes y le llevó á su casa. En ella vivia tambien un herege que tenia adoptado por hijo la misma señora, y celebraba ciertas asambleas donde era celebrado por su elocuencia. Por no exponer Orígenes su fé, estuvo corto tiempo en esta casa, y sin embargo, mientras vivió allí, observó las reglas que prescribe la Iglesia, de no comunicar en la oracion con los hereges. Aplicándose con nuevo ardor al estudio de las humanidades, se halló fácilmente en estado de dar lecciones, y abrió una escuela para hallar en esta ocupacion medios con que vivir por su cuenta: tantas pruebas dió de su ingenio, que fueron muchos paganos á que los instruyese en las verdades cristianas, y á poco tiempo, sin llegar á contar diez y ocho años, le encargó Demetrio, obispo de Alejandria, la instruccion de los catecúmenos, en lugar de Clemente, de quien habia sido discípulo, porque se vio precisado á la fuga su antecesor para libertarse de la persecucion.

Orígenes dejó la escuela de gramática y vendió todos sus libros profanos á un sugeto que se obligó á contribuirle cada día con cinco óbolos (unos treinta y ocho maravedises), y le bastó por muchos años para la vida dura y mortificada que traía, porque nunca bebia vino, ni comia carne, ni manjar alguno delicado. Dormía poco y en el suelo: no llevaba mas que un sencillo traje: andaba descalzo, aun en invierno, trabajando así para combatir las pasiones de la juventud, y desechando los socorros que sus amigos le ofrecian. Su humildad, su dulzura y otras virtudes, igualaban á la austeridad de su vida. Su amor á la castidad le indujo á un extremo conde-

nado, tanto por las leyes civiles, como por las religiosas, pero á que fué precipitado por la inesperienza de la edad y la rectitud de sus intenciones, única disculpa que en cierto modo le cubia. Como era jóven y estaba precisado á tratar con mugeres para el desempeño de su comision, porque las catequizaba como á los hombres, quiso prevenirse contra las tentaciones y contra la calumnia, y tomando demasiado literalmente lo que el Evangelio dice de aquellos que se hacen eunucos para ganar el cielo, lo ejecutó realmente. A pesar del cuidado que puso para ocultar esta accion, la supo el obispo Demetrio: condenó la falta; pero no dejó de admitir el fervor de su celo, y animarle para que continuase en sus tareas. Tambien se hicieron notables en Origenes, la viveza de su fé y el ardor de su caridad, por los socorros que prodigaba á los mártires. Visitábalos en las cárceles, los acompañaba á las actuaciones judiciales y en el tránsito al suplicio, y los animaba con energía, y sin temor para que perseverasen en la fé, aunque sus discursos disgustaran y enfureciesen á los paganos. Irritados con las numerosas conversiones que lograba por la solidez de sus instrucciones, andaban meditando cómo podrian perderle, y llegaron á enviar soldados para que le asesinasen secretamente en su casa, de modo que se veia obligado á mudar de continuo de habitacion para ocultarse de ellos. Muchas veces le prendieron y azotaron cruelmente. En una ocasion le cogieron y le cortaron el pelo como le llevaban los sacerdotes idólatras, y colocándole en los escalones del templo de Serapis, le obligaron á distribuir ramos á los que subian. Tomando los ramos en la mano, les decia á las idólatras al entregárselos: "Recibid este ramo, no como si fuese del ídolo que adorais, sino como las palmas de Jesucristo."

Cuando la persecucion cesó, visitó Origenes la Iglesia de Roma, en el pontificado de San Ceserino, y volvió á Alejandría á la prosecucion de su ministerio. La afluencia de discípulos crecia, no sobrándole tiempo para enseñar desde la mañana hasta la noche: por manera que no le quedaba espacio para entregarse al estudio profundo de la Escritura santa: tomó, pues, por su ayudante, á un amigo llamado Heraclas, muy versado en el conocimiento de la religion y en las ciencias profanas. Encargóle de las primeras instrucciones para los principiantes, y se reservó los mas adelantados. Para comprender mejor el sentido de los libros santos, aprendió la lengua hebrea, siendo ya de edad de treinta años, y procuró cotejar con ella las diferentes versiones griegas que habian aparecido hasta entonces. Los mismos hereges y los filósofos se agolpaban á oír sus lecciones, sea por el deseo de oírle, ó para juzgar de su mérito, y él los conducia insensiblemente con el atractivo de los estudios profanos al conocimiento del Evangelio. A unos enseñaba humanidades y bellas letras, á otros la geometría, la aritmética, la física y la astronomía. Despues explicaba las obras de los poetas y

de los filósofos, y al discutir las opiniones de las diversas sectas, manifestaba sus errores, y hacia resaltar todo aquello que hallaba en ellas conforme con las verdades del cristianismo. Para llenar suficientemente tanta variedad de ocupaciones y satisfacer al concurso de toda clase de personas, se vió obligado á redoblar su estudio de las ciencias profanas, y á leer con mas detencion las obras de los filósofos ó hereges, cuyos sistemas combatia. Mas especialmente se fijó en la lectura de Platon y de los pitagóricos, y de los estoicos de mas nombradía. Ni tuvo á menos, á pesar de su reputacion, el ingerirse entre los que aprendian la filosofia de Amonio, que en Alejandría pasaba por el mas hábil profesor de aquellos tiempos. Penetrando sin trabajo Origenes, las mas difíciles cuestiones, no tardó en ostentar prontamente en este nuevo género de estudio, toda la capacidad de su admirable ingenio, y alcanzó tan grande celebridad entre los paganos, que muchas veces le consultaban ó dedicaban sus obras los filósofos coetáneos, incluyendo su elogio en aquellos escritos. Con todo, no faltó quien tachase esta aplicacion á la filosofia, y él trató de justificarse con el ejemplo de su amigo Heraclas y de San Patenes su maestro, y sobre todo, con la necesidad de conocer á fondo las opiniones de los filósofos, ó de los hereges, para ilustrar sobre ellas á las personas que continuamente le venian á oír.

Hacia el año de 215 hizo Origenes un viage al Arabia, á donde fué llamado por el gobernador para oírle y hablarle, sabedor de su gran reputacion. Volvió muy pronto á Alejandría; pero se vió precisado á salir otras dos ó tres veces mas adelante, á consecuencia de las conmociones violentas que sobrevinieron en aquella ciudad y en una parte del Egipto. Retirándose entonces á Palestina, se estableció en Cesarea, donde enseñó públicamente, y aunque todavia no era presbítero, los obispos del pais le indujeron á que diese al pueblo en las iglesias, las instrucciones que leia en las santas Escrituras. Demetrio, obispo de Alejandría, reprobó esta conducta como cosa inaudita; pero Teoctisto de Cesarea y San Alejandro de Jerusalem, le escribieron para justificarse con el ejemplo de muchos santos obispos que habian hecho predicar tambien hasta á los legos. Últimamente, temiendo que no le privaran del auxilio de Origenes para agregarle á otra Iglesia, Demetrio le envió unos diáconos para el orden de que prontamente se restituyera á Alejandría.

Despues de haber regresado á esta ciudad, comenzó Origenes á componer los comentarios sobre la Escritura y muchas obras de controversia, y entre ellas el libro titulado de los *Principios*. Empezó este trabajo á instancias de sus discípulos, y principalmente de Ambrosio, que no contento con apremiarle sin cesar, costó todo lo necesario, buscándole siete notarios (1) para escribirle á la

(1) Notarios llamaban á los escribientes que con signos ó abreviaturas re-



mano, otros tantos copiantes para poner las obras en limpio, y muchos jóvenes para sacar ejemplares ó transcribirlas. Era hombre rico y sábio Ambrosio, y después que se dejó llevar de los errores de los valentinianos, fué convertido á la fé católica por Orígenes, á quien siempre conservó la mas fina amistad. Luego fué diácono en la Iglesia de Alejandría, y mereció el título de confesor en la persecucion de Maximino.

Ocupado estaba Orígenes en estas tareas, cuando la emperatriz Mamae le hizo pasar á la ciudad de Antioquia en 229. A poco fué llamado á Grecia para combatir las heregias que se extendian en aquellas comarcas; y pasando por Palestina, hizo alguna morada en Cesarea, donde los obispos de la provincia le ordenaron de sacerdote. Ofendióse de esto Demetrio, y fuese por celo en obsequio de la disciplina eclesiástica, ó por otra razon, publicó la falta que habia cometido Orígenes, haciéndose eunuco; porque esta falta le hacia irregular. San Alejandro de Jerusalem, que habia tomado parte en aquella ordenacion, se justificó alegando los ventajosos informes que se daban en favor de Orígenes, en la carta formada (1) que habia presentado. Mas cuando volvió á Alejandría, Demetrio desplegó contra él una grande animosidad. Ademas de su notoria irregularidad, publicó varios errores que contenian sus escritos, y en el año de 231 convocó un concilio de obispos y sacerdotes, en el que se prohibió á Orígenes enseñar y aun residir en Alejandría. No pareciéndole á Demetrio esta medida bastante rigurosa, convocó otro en que finalmente se pronunció sentencia de deposicion y excomunion. Ademas, escribió á todos los obispos circunvecinos contra él para incitarlos á que no le admitiesen tampoco en su comunión. Los de la Palestina, la Arabia y la Grecia, y algunos de la Capadocia, no se conformaron con aquella sentencia, graduando de insuficientes los fundamentos sobre que recayó. Precauó Orígenes los efectos de su condenacion retirándose, y dejó á Heraclas la direccion de su escuela, como el mas antiguo discípulo, trasladándose á Palestina, donde se avecindó en Cesarea. Teoctisto y San Alejandro le recibieron con el mismo afecto y amistad que en otros tiempos, y le encargaron la instruccion del pueblo en las santas Escrituras: entonces escribió á algunos amigos que dejaba en Alejandría, quejándose de Demetrio y manifestando la

presentaban las palabras de que constaba el discurso; de modo que con ahorro de letras podian seguir la palabra al orador, y dejar consignado todo lo que decia á medida que lo iba diciendo. Atribuyese la invencion de estas notas ó signos á Tiron, liberto y secretario de Ciceron.

(1) Los fieles llevaban para viajar en aquellos tiempos, una carta de comunión dada por su respectivo obispo, y sin este requisito no eran admitidos en las otras Iglesias extráneas. Tenia esta carta una forma particular y unos caracteres determinados para evitar su falsificación. porque eran unas señas secretas que los obispos solo conocian. Por razon de esta forma especial tomaban el nombre de *cartas formadas ó en forma*.

injusticia de la excomunion con que le habia castigado. Alegaba que los hereges habian corrompido sus obras, ó publicado otras con su nombre para atribuirle sin verdad los errores de que se le acusaba. Citaba en comprobacion, una conferencia que habia tenido en Palestina con un herearca, que despues se atrevió á desfigurarla, añadiendo ó quitando lo que le pareció, y posteriormente otra, que un herege de Efeso habia forjado y esparcido en muchos lugares, aun cuando nunca quiso disputar con él. Tampoco admitia como suyos ciertos errores, que todavía se encuentran en su libro de los *Principios*; lo que hace sospechar que si efectivamente eran suyos, no estuvo á lo menos tan apegado á ellos con la misma obstinacion que los hereges.

Demetrio murió en el año de 231 al fin de él, y fué electo en su lugar San Heraclas, discípulo de Orígenes, dejando vacante con su ascenso la escuela de los catecúmenos; nombró para desempeñarla á San Dionisio, que habia sido su condiscípulo, y luego en adelante le sucedió en la mitra. Era Heraclas hermano de San Plutarco mártir, y se habia hecho célebre por su celo en defensa de la fé y por la extension de sus conocimientos. Habia estudiado con Amonio muy detenidamente la filosofia, y en el espacio de veinte años que desempeñó la instruccion de los catecúmenos, adquirió tan grande reputacion, que Julio Africano, tan conocido por su Cronologia, hizo un viage á Alejandría, solo por oírle. Gobernó la Iglesia de Alejandría hasta el año 247.

La muerte de Demetrio y eleccion de Heraclas calmaron la ansiedad que habia causado el asunto de Orígenes en aquella Iglesia. Entonces se volvió á entregar este á sus ordinarias tareas, y continuó sus comentarios sobre la Escritura. Pasó algun tiempo en Jerusalem y viajó por la Palestina para visitar aquellos parages que honraron con su presencia Jesucristo y los apóstoles; pero su asiento principal fué en Cesarea, donde tuvo desde el principio gran número de discípulos, y entre ellos á San Gregorio Taumaturgo, que llegó á ser tan célebre en adelante. Firmiliano, obispo de Cesarea en Capadocia, fué tambien á Judoa para hablarle y aprovecharse de sus luces, y en diferentes ocasiones le exhortó á que le acompañase á su diócesis para la instruccion de los fieles.

Poco antes de su condenacion, Orígenes habia escrito á Julio Africano para sostener la autenticidad de la historia de Susana, referida en el libro de Daniel. En una conferencia que tuvo Orígenes en Palestina, con un herege llamado Basso, citó dicha historia: Julio Africano que se halló presente, escribió una carta al primero, en que intentó demostrar que era una historia supuesta, fundándose principalmente en que no se hallaba en los ejemplares de los judíos. Respondiéndole Orígenes, le hacia notar que en los ejemplares griegos habia otros muchos pasages, que no estaban en el texto hebreo, y que convenia abstenerse en cuanto á desechar tratados de los li-

bro sagrados recibidos por todas las Iglesias, obligando así á los cristianos á que consultasen con los judíos, y obtuviesen de ellos ejemplares puros é intactos: como si la Providencia, al establecer la religion sobre el fundamento de las Santas Escrituras, no hubiera dado á la Iglesia medios para reconocerlas y asegurar su autenticidad, y luego dice: "No porque yo esquive el examen de las Escrituras de los judíos, ni el cotejo de ellas con la nuestra: ya lo tengo hecho y aun me atrevo á decir que tanto como el que mas, comparando las ediciones y sus diferencias, aunque siempre con el cuidado de atenerme principalmente á la version de los setenta, para no dar jamas pretexto para que se desprecien los ejemplares generalmente admitidos. Tambien me he propuesto al disputar con los judíos, citar el texto que ellos admiten, para que no se atrevan ya hacerse superiores á los fieles, de origen gentiles, y despreciarlos como ignorantes de la verdad que se contiene en las Escrituras de aquellos." Añade que los judíos conocian muy bien la historia de Susana y de los viejos que la habian calumniado; y concluye de esto que la habian separado probablemente del antiguo Testamento, como una cosa vergonzosa para su nacion, y con el fin de que se olvidase; diferenciándose los ejemplares griegos de los de su nacion, porque fueron trasladados á vista de un texto que no habia sido mutilado, como lo están los posteriores. Por las etimologías que inserta en esta carta, se puede creer que no estaba muy enterado del idioma hebreo. Nos enseña en ella que los judíos tenian entonces un gefe de su nacion, que ejercia sobre ellos muy grande autoridad de consentimiento del emperador; y que á veces se tomaban la facultad arbitraria de condenar á muerte, aunque careciesen de semejante derecho. Estos gefes veremos en adelante cómo siguieron mandando en tiempo de los emperadores cristianos con el título de patriarcas.

Habia nacido Julio Africano, uno de los autores mas sábios de aquel tiempo, segun unos en la Libia, y segun otros en la Palestina, donde á lo menos consta que residia por los años de 221, porque fué diputado cerca del emperador Heliogábalo para solicitar la reedificacion de Nicópolis, que era la antigua Emaus: los romanos, despues de la ruina de Jerusalem, habian construido una ciudad sobre sus ruinas, dándole un nombre que recordase sus victorias contra los judíos. Incendióse despues, y acudieron los habitantes al emperador para pedir su reedificacion, que les fué concedida. Era sin duda Africano mas anciano que Orígenes, pues le llamaba hijo. Ignórase si habia sido antes pagano; pero todo induce á creer que hacia mucho que era ya cristiano cuando fué á Alejandría, atraido por la reputacion de Heraclas. Tenia en todas las ciencias una erudicion profunda, y sobre todo, era muy hábil en la interpretacion de las Sagradas Escrituras. Ademias de la carta de Orígenes, hace Eusebio mencion de otra, escrita por Julio á un cristiano, llamado Aris-

tides, para concordar las dos genealogías de Jesucristo que traen San Mateo y San Lúcas. Apoyándose en una antigua tradicion conservada por los que aun vivian de la familia del Salvador, sostenia que siendo Jacob y Heli hermanos uterinos, y habiendo éste muerto sin hijos, Jacob casó con su viuda y tuvo á San José por hijo segun la naturaleza, mientras que lo era de Heli segun la ley. Del mismo modo iba explicando todas las demas diferencias, y esta exposicion tan sencilla como natural fué adoptada despues por San Agustín. Tambien habia escrito Julio una grande obra de cronología para que se valiesen de ella los cristianos en las disputas con los paganos, manifestando la antigüedad de la verdadera religion y la novedad de las historias y fábulas de ellos. Esta obra dividida en cinco libros, contenia en compendio la historia universal desde la creacion hasta el año de 221 de Jesucristo; pero no ha llegado hasta nosotros: hállanse grandes fragmentos en las obras de Eusebio, en San Gerónimo, Beda, y otros autores antiguos, todos conformes en hacer de ella grandes elogios. Scaligero publicó una cronología griega de Eusebio diferente de la crónica, y que asegúrase habia sacado casi en su totalidad el libro de Africano.

Por este mismo tiempo florecia San Hipólito, el mas célebre de los mártires que llevaron este nombre, y de los padres mas ilustres del III siglo. Fué discípulo de San Ireneo, y llegó á ser obispo; pero no sabemos de qué Iglesia. Creese generalmente que era su diócesis en Oriente, aunque con frecuencia le dan el título de obispo de Porto, porque le han confundido con otro San Hipólito que padeció martirio en esta ciudad. Atribúyese San Gerónimo la calidad de senador romano: en este caso seria mas probable la opinion de los que suponen en Italia su obispado. Se ignoran el tiempo y lugar en que murió; pero lo cierto es que selló con su sangre la fé que defendió en sus escritos. San Gerónimo y otros antiguos que han hablado de San Hipólito, alaban tanto su ciencia y elocuencia como su virtud; y lo que se ha conservado de él, hace ver la justicia de aquellos elogios. Son sus pensamientos nobles y elevados, sus racionios sólidos, y aunque no sea florido su estilo, no dejan de agradar su concision y claridad. Este santo doctor habia escrito gran número de obras sobre materias de controversia ó de disciplina, y comentarios sobre gran parte de la Escritura. Casi todos se han perdido, y solo tenemos su Cíclo pasenal, el tratado del Anticristo, la homilia sobre la Encarnacion y el bautismo de Jesucristo, y algunos fragmentos considerables de otras muchas. San Ambrosio reprodujo en el fondo de su comentario sobre el Génesis, el tratado que compuso sobre los seis dias de la creacion. La reputacion que este santo doctor habia adquirido con tantas obras, animó á muchos escritores posteriores á publicar bajo el nombre de aquel sus propios escritos para daries mayor autoridad.

El mas célebre de todos los tratados de San Hipólito es el Cíclo

pascual. Dividíase en dos partes: la primera, que no poseemos, comprendía una cronología que daba fin con el primer año del reinado de Alejandro: la segunda era un Ciclo de diez y seis años, que comenzaba en el ya citado, y que había inventado San Hipólito para arreglar el día de la Pascua hasta el año 333. Es el primer Ciclo pascual que se hizo, ó á lo menos el mas antiguo que conocemos. La celebracion de la Pascua daba motivo á dos cuestiones muy distintas: una consistía en saber si esta fiesta debía celebrarse el día catorce de la luna, ó solamente el siguiente domingo: ya hemos hablado anteriormente de las discusiones suscitadas con motivo de esta cuestion que mas adelante se decidió en el concilio de Nicea: la otra consistía en determinar cuándo comenzaba en cada año la luna del primer mes, para fijar despues el domingo que seguía al catorce de la luna. Parece, según lo que refiere San Epifanio de las constituciones apostólicas, que los primeros cristianos adoptaban para este objeto los cálculos de los judíos que contaban por meses lunares. Pero cuando ya dejaron estos de componer una nacion, y usar de su año peculiar, tuvieron los cristianos que buscar un nuevo método acomodado á los meses ordinarios. Tal fué el objeto del Ciclo inventado por San Hipólito. Solo era conocida esta obra por el nombre, cuando fué hallado á mediados del siglo XVI en un muto de cierta iglesia antigua en el camino de Tivoli á Roma. Se descubrió con efecto una estátua de mármol sentada en una cátedra, con inscripciones en que estaba puesto el catálogo de las obras de San Hipólito, y ademas los Ciclos de diez y seis años que principiaban el de 222, y que doblados siete veces, arreglaban la fiesta de Pascua para ciento y doce años, es decir, hasta el de 333. No estuvo en uso mucho tiempo el Ciclo de San Hipólito. Cerca de cien años despues, Emelio le reemplazó con un Ciclo de diez y nueve años, inventado algunos siglos antes de Jesucristo por astrónomos griegos, y que todavía sirve para los cómputos eclesiásticos.

La obra de San Hipólito contra las heregias, estaba destinada principalmente para combatir los errores de Marcion y de los otros hereges, que atribuían la creacion del mundo á un principio malo, para explicar así el origen del mal. En ella impugnaba treinta y dos sectas, empezando por la de los dositeos, que apareció en tiempo de Jesucristo entre los samaritanos, y tenia mucha analogía con la de Simon Mago. De esta obra solo nos queda un largo fragmento contra la heregia de Noé, que comenzó, según San Epifanio, en el año 245: por lo que se infiere que San Hipólito moría probablemente hácia el de 250 en la persecucion de Decio. El herege Noé nació en Smirna (Asia), donde renovó los errores de Praxeas, enseñando que el Padre no era distinto del Hijo, y que se había hecho visible tomando cuerpo en el seno de la Virgen, aplicándose el nombre de Hijo á la humanidad de que se había revestido para padecer por los hombres. Al principio se retractó delante de los sacerdotes

de Smirna que le preguntaron respecto á su doctrina; pero habiendo seducido á ciertas personas, se animó mas y no tuvo dificultad en sostenerla con orgullo, y aun tomándolo á gloria, con el pretexto de que no admitía mas que un solo Dios. A esto le respondían los sacerdotes: "Nosotros sabemos tambien que no hay mas que un solo Dios; pero creemos que Cristo es su Hijo, que padeció, murió y resucitó al tercer día, que está sentado á la diestra del Padre, de donde vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos. Esta es la fé que hemos aprendido." Como Noé se obstinó en su error, le echaron de la Iglesia y á sus discípulos.

En el tratado sobre el Anticristo, establece San Hipólito que despues de haberse manifestado el Verbo divino á los profetas, revelándoles por el Espíritu Santo los misterios de la fé, se dejó ver de los hombres, vistiendo carne mortal para procurar la salvacion de todos ellos. Despues comprueba con diversos pasajes de la Escritura cómo se esforzará el Anticristo para reproducir en su persona algunos caractéres análogos á los que distinguen al Mesías, y en seguida expone sucesivamente lo que enseñan los libros santos sobre el origen y nacimiento de aquel impostor; tiempo y circunstancias de su advenimiento, su nombre, reinado y persecuciones contra los fieles.

Hállanse en las obras de San Hipólito, y especialmente en su tratado contra Noé, muchos pasajes importantes que señalan con toda claridad la creencia de los primeros siglos acerca de los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion y otros puntos impugnados por los hereges modernos. Enseña expresamente que no hay mas que un solo Dios en tres personas: que el Hijo es diferente del Padre en el sentido que es una segunda persona en la misma sustancia: que es eterno como el Padre y Dios como él; que ha existido en la divina gloria antes de todos los siglos: que jamas ha estado sin su Verbo, y que poseyéndolo en sí mismo por toda la eternidad, le hizo visible al mundo profiriendo su primera palabra para formar las criaturas. Da, como otros antiguos, el nombre de generacion á esta emision exterior de la palabra por la que Dios se manifestó con su Verbo en el momento de la creacion; pero solo por analogía con la generacion eterna por la cual subsiste sin principio como una persona distinta del Padre, el Verbo ó la palabra interior; porque nota San Hipólito en el mismo pasaje, que Dios desde la eternidad, era á un propio tiempo uno y muchos; es decir, una sustancia sola y muchas personas. Con la misma exactitud se explica acerca de la divinidad del Espíritu Santo. Dice, en cuanto á la Encarnacion formalmente, que Jesucristo es al mismo tiempo verdadero Dios y verdadero hombre sin ninguna confusion, ni mezcla de la una con la otra naturaleza, aunque no haya mas que una sola persona ó un solo principio de las operaciones propias del uno y del otro. Hablando de la Eucaristía, despues de haber dicho que

nosotros comemos la carne divina de Jesucristo, y que bebemos su adorable sangre, añade que en la sagrada mesa se ofrecen todos los días este cuerpo y sangre preciosos en memoria de la misteriosa cena en que Jesucristo instituyó este sacrificio.

Entre otros escritores que se hicieron célebres en el reinado de Alejandro, debe citarse asimismo á Berilo, obispo de Bostro en Arabia, cuyas obras recogió San Alejandro de Jerusalem en su biblioteca con las de San Hipólito, y un tal Ammonio de Alejandría, que publicó muchos escritos estimadísimos, y entre ellos un libro de la conformidad de Moisés con Jesucristo, y una concordia de los cuatro Evangelios, compuesta toda del texto mismo de los autores sagrados. Aun se conserva esta concordia, que á veces se ha atribuido á Taciano, porque publicó otra de la misma clase.

Comunmente se cree que este autor era el mismo que Ammonio Saccas, que enseñó en Alejandría la filosofía (1) y fué maestro de Orígenes y de Heracles. Llamóse por sobrenombre Saccas, porque su primera ocupacion fué portear granos y otras mercancias en sacos. Habiéndose aplicado á la filosofía hácia el fin del siglo II, manifestó en este estudio una penetracion extraordinaria, y llegó á ser en adelante uno de los mas hábiles maestros que tuvo en mucho tiempo la escuela de Alejandría. Adoptó el sistema de eclectismo, y dió á la enseñanza un giro enteramente nuevo, tomando su doctrina de todas las sectas, y procurando conciliarlas entre sí y manifestar la conformidad en sus principios, á lo menos sobre los puntos mas importantes. Créese que ya enseñaba desde el tiempo del emperador Severo, y continuó hasta cerca de la mitad del siglo III. El lucimiento de su enseñanza y el sistema filosófico que introdujo, le hicieron considerar como jefe y fundador de la escuela neoplatónica. Muchos discípulos paganos tuvo, entre otros, Longino, célebre como retórico, Orígenes, diferente del doctor cristiano de este nombre, y el filósofo Plotino de quien hablaremos en adelante.

(1) Fúndase esta opinion en la autoridad de Eusebio y de San Gerónimo, que dicen tambien que Ammonio Saccas profesó el cristianismo hasta el fin de su vida. Sin embargo, Porfirio, conviniendo en que este filósofo nació cristiano, alega que se adhirió al paganismó en cuanto aprendió la filosofía. Es bastante sospechoso su testimonio en un hecho de esta naturaleza; pero al parecer le confirman muchas circunstancias. Es difícil concebir que los filósofos de la escuela neoplatónica, tan conocidos por sus impugnaciones al cristianismo, se conformasen todas en proclamar por su cabeza y maestro á un filósofo que le hubiera profesado hasta el fin de su vida. Por otra parte, cuando Orígenes justificaba su aplicacion á la filosofía con el ejemplo de San Pantenes y de Heracles, no hubiera dejado de citar seguramente y para el mismo objeto el de Ammonio, que ámba publicamente lecciones de aquella facultad, si este último no hubiera sido pagano. Tal vez convendría distinguir al autor cristiano del filósofo Ammonio, porque este nombre era muy comun en Egipto, y entonces se podrían aclarar mucho las diferentes circunstancias que no pueden referirse fácilmente á un mismo sugeto.

Habiendo sabido en Oriente el emperador Alejandro que los germanos asolaban las tierras imperiales, se dió prisa á volver á Roma y pasar á las Galias para contener á los bárbaros. En Maguncia estaba con su madre, que jamas le abandonaba, cuando los soldados, cansados de obedecer á un príncipe gobernado por una mujer, se rebelaron y mataron á entrambos, en el año 235. Julio Maximino, que fué proclamado para llenar esta vacante, era de origen godo, y reunia á una estatura enorme, una prodigiosa fuerza y una brutal ferocidad; indicios todos que daban ocasion de temer en su reinado todos los horrores de la tiranía. Así, por el pronto no quiso el senado confirmar la eleccion, y fué la vez primera que halló oposicion la voluntad del ejército en aquel cuerpo, ya de antemano envilecido y sin ninguna autoridad efectiva. No tardó mucho en ocurrir una conspiracion contra el nuevo emperador, que ocasionó la muerte de mas de cuatro mil personas, contándose en ellas los amigos y servidores de Alejandro: como muchos de éstos eran cristianos, fué un principio de persecucion contra la Iglesia. Agregóse otra causa: la indiscrecion de un soldado cristiano que motivó un escrito de Tertuliano, negándose á poner en su cabeza una corona de laurel concedida como premio por el emperador Maximino, en celebridad de la asociacion de su hijo al imperio, decretada á la sazón; y por último, unos terremotos que se sintieron por entonces en diferentes comarcas del Oriente. Todo esto junto resucitó el fanatismo de los paganos, que siempre atribuian á los cristianos todas las calamidades públicas, como que los dioses las enviaban contra aquellos en señal de su irritacion y de su cólera. Afligieron principalmente los temblores de tierra á las provincias del Ponto y de la Capadocia, donde se hundieron ciudades enteras, y el gobernador llamado Sereiano, que tenia las mismas opiniones que el populacho, manifestó tanto encarnizamiento contra los fieles, que se vieron obligados á abandonar sus casas y emigrar á otros países para librarse de su crueldad.

La persecucion de Maximino se dirigió contra los jefes de la religion cristiana, y publicó un edicto proscribiéndolos, con la esperanza de contener los progresos del Evangelio. Pero aunque el mandó solamente dar muerte á los que gobernaban las Iglesias y á los que estaban encargados de la instruccion de los fieles, fué suficiente que hubiera manifestado sus disposiciones, para que todos los cristianos quedasen expuestos al furor del pueblo y á la persecucion de los magistrados prevenidos ya en contra suya. Con todo, la persecucion no fué universal, ó á lo menos no se ejerció en todas partes con igual violencia. Duró tres años, que fueron los mismos que reinó el tirano. Por la relacion que de ella se conserva, se advierte que los fieles tenian ya iglesias, pues se dice en aquella que fueron muchas quemadas, y lo expusimos antes, sentando que tuvieron sitios ó edificios públicos para sus reuniones.

Una de las primeras víctimas de esta persecucion, fué el Papa San Ponciano. Habia sucedido á San Urbano en el año 230, y se asegura que habia aprobado la sentencia de excomunion, pronunciada contra Orígenes por el obispo Demetrio. Fué desterrado á la isla de Cerdeña, con un sacerdote llamado Hipólito, y murió en 28 de Setiembre de 235. Refiérese que despues de haberle hecho sufrir toda clase de violencias, le acabaron á palos. San Antero, que fué elegido en su lugar en 23 de Noviembre, solo ocupó la Santa Sede un mes y dias: quitáronle la vida el 3 de Enero del año siguiente 236. Pasados otros pocos, le dieron por sucesor á San Fabian, cuya eleccion fué acompañada de tales circunstancias, que puede mirarse como maravillosa. Habia venido del campo á Roma con otros muchos cristianos, y hallándose reunidos para proceder á la eleccion de un obispo, iban los electores registrando con la vista las personas ilustres de la asamblea, sin acordarse de Fabian, que estaba mezclado con el comun del pueblo, cuando repentinamente se descolgó una paloma y vino á posarse en su cabeza. Todos los concurrentes unánimemente gritaron que aquel era digno del episcopado, y despues de las acostumbradas ceremonias, le colocaron en el trono pontifical, que ocupó catorce años. Distribuyó la Iglesia de Roma entre los siete diáconos, dos cuarteles á cada uno, para que tuviesen cuidado de los pobres, y á las órdenes de aquellos, siete subdiáconos, para que los aliviasen en sus ocupaciones y velasen sobre la conducta de los notarios, á quienes se confió la redaccion de las actas de los mártires. Mandó construir en los cementerios muchos edificios, los que puede creerse surian las iglesias fundadas sobre los sepulcros de los mártires, durante la paz que siguió á la persecucion de Maximino. Pero su pontificado nada ofrece mas digno de atencion, que la célebre mision de los siete obispos que destinó á las Galias para que predicasen la fé, como lo haremos ver en su lugar.

En el reinado de Maximino se pone el martirio de Santa Bárbara virgen, que lo sufrió en Nicomedia, el de San Rufino obispo, el de San Cesidas presbítero, y de otros varios que padecieron en diversos parages de Italia. Por lo demas, son poco conocidos los pormenores de esta persecucion, ya porque las actas contemporáneas se hayan perdido, ya porque la mayor celebridad de Maximiano y la semejanza de ambos nombres, haya causado la equivocacion de achacar los actos de aquel á éste ó á Maximino Daia, sucesor del segundo. El amigo de Orígenes, Ambrosio, fué preso en compañía de un sacerdote de Cesarea en Palestina, llamado Protocletes, y los condujeron hasta la Germania, donde se hallaba Maximino, que tenia la costumbre de recibir así en su residencia las personas mas ilustres que le llevaban de las extremidades del imperio. Sabedor Orígenes de la prision de aquellos, les envió un escrito para animarlos á que sufriesen generosamente las ignomi-

nias, tormentos, y aun la muerte, en nombre de Jesucristo. Sobre todo, exhortaba á Ambrosio á que no se dejase vencer por humanas consideraciones; porque ademas de que tenia muchos bienes y habia desempeñado principales destinos, le seria mas penoso su sacrificio por el amor que profesaba á su esposa é hijos. Mas salió del peligro, y á poco tiempo obtuvo la libertad, porque sublevados los pueblos, dieron fin á las crueldades de aquel emperador. El mismo Orígenes se vió precisado á huir, y se mantuvo oculto dos años en Capadocia, en casa de una muger rica y piadosa llamada Juliana, y ésta le mostró varios libros que habia recibido de Symmaco, el traductor de la Escritura. Probadas las Iglesias de esta provincia por una violenta persecucion, tuvieron tambien que defenderse contra los artificios de la seduccion. Una muger que decia estar inspirada, engañaba al pueblo con fingidos milagros, y de lo que mas vanagloria hacia, era de poder causar á su antojo terremotos: anunciábalos previamente, y sea que los adivinara por ministerio del demonio, ó que la casualidad le proporcionase el cumplimiento de algunas predicciones suyas, adquirió tanta autoridad sobre sus sectarios, que en todas partes la seguian y la obedecian en todo. Llegaba la temeridad hasta el extremo de ejercer las funciones sacerdotales, imitando, á pesar de su sexo, la celebracion de la Eucaristia y los demas misterios de la religion: por esta última parte se infirió que seguia alguna de las sectas ó ramificaciones de los montanistas.

Los romanos no llevaban con paciencia la tiranía de Maximino, y Gordiano, prócónsul de Africa, fué proclamado emperador en Cartago, en la primavera del año 237. El pueblo y el senado se apresuraron á confirmar su eleccion. Era Gordiano un anciano da ochenta años, que habia ocupado en su larga vida todos los principales empleos. No permitiéndole su mucha edad soportar las fatigas de la guerra, asoció al imperio su hijo; se llamaba Gordiano, como él. Mas Capellieno, gobernador de la Numidia, celoso de la elevacion de aquellos, marchó con buenas tropas para sostener los intereses de Maximino. Gordiano, el hijo, murió en un combate, y viendo el padre su situacion desesperada, se ahorcó, habiendo reinado pocos meses. En cuanto supo el senado esta derrota, nombró emperadores á Máximo Puppieno, antiguo prefecto de Roma, y á Cecilio Balvino, que dos veces habia sido cónsul. Luego, para aplacar al pueblo descontento por no haber tomado parte en esta eleccion, fué necesario conceder el título de César á Gordiano, de edad de doce años, y nieto del que tomó en Africa la púrpura. Maximino, que marchaba á Italia, fué detenido con la resistencia de Aquileya, que era preciso tomar á la fuerza; y habiendo puesto sitio, disgustados ya los soldados con la guerra y escasez de mantenimientos, se deshicieron de él mástándole en su tienda, y á su hijo, en Marzo de 238. A poco tiempo tuvieron la misma suerte Pup-